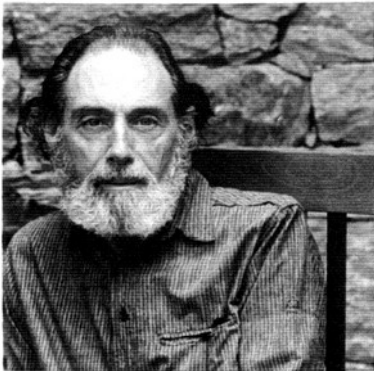


## Con la ausencia entre las manos

[ZAMORA RAPALE](#), Hernán (1998) *Con la ausencia entre las manos*. Artículo publicado en la separata *Arquitectura Hoy*, N° 254 del diario *Economía Hoy*. Caracas: 26/06/98.

*Tan altos son los edificios  
que ya no se ve nada de mi infancia.*

Eugenio Montejo



a Emile Vestuti

Esto no se ha de escribir desde la distancia, no se escribiría luchando contra el olvido. Un vaho tenue se eleva sinuoso en el aire, aún. Habré de respirar el riesgo de la cercanía.

Sus manos eran más grandes que mis manos, pero con igual tranquilidad se tiznaban cuando sus dedos recibían la barra de grafito saliendo del portaminas. Luego la conversación se desenvolvía entre las líneas, sobre el papel, preparando la fina red que atraparía, lentamente, a las ideas, vestidas de palabras, para otorgárselas espléndidas al placer de la mirada.

Aunque placer era habitar la hoja. Observar, con una tensión felina, cómo la ausencia abandonaba esa versión a escala del mundo –que los

arquitectos llaman *croquis* y que su sed por palpar lo intangible los impele a proyectar puntos, líneas, curvas, sobre el cartesiano espacio de la mesa, para luego renombrar la realidad y decirle piedra, sombra, voz.

Su papá le había enseñado la *perspectiva* moviendo una caja de fósforos frente a sus ojos. Quizás por eso sus *vuelos de pájaro* no eran tantos, ni tan buenos, como los recorridos interiores que hacía *a metro y medio del plano del suelo*, a tientas, sobre el papel.

El gusto por el dibujo nos unió, nos permitió sobrevivir al inmenso silencio de nuestra mutua timidez. La mía, del tamaño de sus manos. Y es que dibujar era conversar, era contar la historia de lo que no existe pero que puede ser; por las manos de un arquitecto puede ser. Desde el dibujo él me contó de ciudades que no he visto y quizás nunca veré. Trató de enseñarme cómo se une lo que mis ojos no podían ver. Me llevó en la punta de sus creyones a la luz de la tarde, al frío de una noche, a la casi imposible lucha contra la lluvia, a las hormigas que recorren las grietas de las piedras y al sensual cuerpo de la madera.

Por eso para nosotros la ciudad era un dibujo. Un inmenso tejido de líneas donde uno se esfuerza por encontrar los trazos que quiere, y en querer los trazos que encuentra. Por eso me siento ya en mi casa cuando en las noches espero el Metrobús en la esquina del Banco Unión en Sabana Grande. Por eso recreo mi vista sobre ese sosegado cuerpo que le dejó lugar al sol para que descansara, y que sereno, muy sereno, se impone por su bondad y equilibrio para recibir al paseante, protegiéndolo de tanto grito, de tanto empujón, de tanto reflejo, de tanta ausencia que se yergue sobre las otras paredes.

Posar mis ojos sobre los trazos de ese amable edificio me otorga la cálida seguridad de la

nostalgia al permitirme pasear por mis recuerdos.

Cuando mi papá me inscribió en clases de natación yo aún jugaba con vaqueros de plástico en el balcón. Fue una tarde de septiembre cuando entré por primera vez a los espacios del YMCA en San Bernardino. Nunca dejé de sentir buena parte de la solemnidad que me acompañó en ese ritual de recibos, casilleros y vestuarios que concluyó a la orilla de la piscina, sin poder discernir entre el miedo al agua o el saberme visto por tanta gente en la terraza, a tan sólo un empujón de chapotear en el ridículo. El miedo se fue en las alas de los murciélagos cuando flotó sobre las carrileras y las tablas de anime. El ridículo le dio forma a las brazadas, compensó la dirección del cuerpo sobre la superficie azul y en algunas ocasiones llegó a ser visto subiendo al primer podio en una mañana de sábado.

Todas las tardes de natación llegaba a la terraza techada del YMCA, inundada por una alegre algarabía de voces y agua, de instrucciones y zambullidas, buscando para ver un rato la maqueta del edificio, para encontrar la gracia de lo pequeño en los elementos que me eran más cercanos: *-allí un carro, una persona, un árbol...la piscina.*

Por eso me gustó tanto saber que *el profe* había dibujado ese edificio.

Su cercanía fue un privilegio, una grata certeza que me sustentaba en mis solitarios paseos, a tientas, por las calles de esta ciudad. Esta ciudad *real, impávida, concreta*, que se sigue habitando de falsas historias, que no alcanzo a conocer, que desde el frío de esta mañana en la que él se siembra en la tierra y se está convirtiendo en vaho, ella canta como una sirena desde el paisaje y me deja la ilusión, el desasosiego, de creer que cabe entre mis manos.

